VISITA A LOS POBRES

EN los años del hambre—como dicen
los que no la han saciado todavía—,
estudiantillo imberbe, acompañé
algún tiempo, en mañanas domingueras,
a los visitadores de los pobres,
sencillos caballeros, casi todos
profesores modestos y abstraídos,
de raído gabán y claras gafas.
Entre el barro o el vaho, avergonzados
de dar un duro en vales para pan,
juzgados por algunos como a sueldo
de la Embajada nazi, comprobaban
lo mismo, largos años, consternados:
la familia entre latas, con el cerdo,
padres y niños, todos sifilíticos,
menos la mayorcita, que era de antes
que el marido... «los malos compañeros,
¿sabe?»—casi en defensa, la mujer—:
«...un percance como lo tiene un hombre»;
y el muchacho tullido—«y menos mal»,
según la madre, «que al fundarse el chico
yo estaba muy robusta»—; éste pedía
libros, pero ¿cuál dar a un pobre inmóvil?
(yo le dejé *María Chapdelaine);*
y, como única baja, la gallega
muerta de hambre, dejando dos hijitas,
pero con gran entierro de un Seguro
que, en nuestras mismas huellas, se llevaba
más de nuestra limosna, porque el pobre
quiere morir en grande, por el miedo
de seguir siendo pobre al otro lado...
Luego, en la fría sala parroquial,
decía el presidente, en grave rito:
«¿Se aprueba el acta?» Y todos, abrumados,
bajaban la cabeza: «Sí, se aprueba.»

JOSÉ MARÍA VALVERDE